

«MÉDICOS DE TOLEDO»

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN

Numerario

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Sres. Académicos.

Sras., Sres.:

Cuando hace cerca de veinticinco años, y, como ahora, por turno reglamentario, me correspondió ocupar esta tribuna, tan solo escasos y dispersos datos podían encontrarse en la historiografía médica toledana; contábamos con varios opúsculos y artículos de la extensa obra recopilatoria de D. Juan Moraleda, algún trabajo de más hondura crítica del Dr. Fando sobre los hospitales toledanos, aisladas reimpresiones constitucionales de estos Centros y poco más.

Sin embargo, en estas últimas décadas, este horizonte se ha enriquecido notablemente con tesis doctorales, tesinas y publicaciones monográficas, que han permitido establecer bases más sólidas y abrir nuevos campos de investigación. No pretendo ser exhaustivo, por lo que citaré algunos de ellos que representan ámbitos o épocas diversas del pasado histórico-medico, con mi profundo respeto para todas las otras aportaciones.

Quiero empezar por Hilario Rodríguez de Gracia que en su obra «Asistencia social en Toledo siglos XVI-XVIII», trabajó en terreno difícil y complejo, como es el de las cofradías y hermandades surgidas de la nueva actitud cristiana ante el enfermar, como reducidas

agrupaciones caritativas o de atención al necesitado, se multiplicaron extraordinariamente llegando a ser en Toledo, según las llamadas «Relaciones de Felipe II» elaboradas por Luis Hurtado de Toledo en 1576, no menos de 150. Unas se diluían con el paso del tiempo otras se fusionaban, reaparecían o cambiaban de nombre, y, en ocasiones, para poder cumplir sus funciones se veían en la necesidad de crear albergues u hospitales, que durante varios siglos mantuvieron el significado literal de dar hospitalidad, es decir, ya fuera a enfermos, mendigos, transeuntes, parturientas, moribundos, huérfanos o peregrinos.

Las grandes fundaciones hospitalarias toledanas de Mendoza o Tavera, resultaron más asequibles a la investigación, recordando la contribución de Linda Martz, sobre el Hospital Tavera o de «San Juan Bautista», publicadas por la Universidad de Cambridge; la tesis de M.^a Luisa Zamorano Rodríguez sobre «El Hospital de San Juan Bautista de Toledo durante el siglo XVI». Acerca de la Fundación de D.^a Guiomar de Meneses, tenemos la obra de M.^a Soledad Gómez Rodríguez «El Hospital de la Misericordia de Toledo en el siglo XIX» y «El quehacer quirúrgico en el Hospital de la Misericordia de Toledo a mediados del siglo XIX» de M.^a José Márquez Moreno. Sobre el popular «Hospital del Nuncio de Toledo en el siglo XIX» (también llamado de la Visitación, Inocentes o Dementes, se ocupó M.^a Dolores Márquez. Autora cuya tesis sobre «Los estudios médicos en la antigua Universidad de Toledo», obtuvo el Premio Extraordinario en la Universidad Complutense. Finalmente, Carmen Torres Valdivielso se ocupó de «Médicos Hebreos en Toledo (siglos XI-XIV)». (Casi todos publicados por el I.P.I.E.T.).

Una investigación que tuvo una acogida excelente entre los historiadores de la medicina española fue la llevada a cabo por nuestro

compañero Gómez-Menor, en los archivos toledanos. Téngase en cuenta que hasta hace poco los historiadores de la medicina española, procedentes en su mayoría del campo de la medicina, centraban sus estudios sobre el pasado médico en textos impresos de medicina y cirugía, escritos preferentemente ya en lenguas romance. Así pues, los trabajos de Gómez-Menor sobre «Los médicos toledanos del Siglo de Oro y su clase social» y otros varios sobre el mismo tema, casi todos publicados por la Universidad de Salamanca, facilitaron datos biográficos sobre inventarios, bibliotecas, de relevantes médicos españoles, obligando a rectificar fechas y referencias erróneas, que tomadas de los clásicos Tratados de Morejón y Chinchilla, se venían trasladando de unos a otros equivocadamente.

Asimismo, quiero resaltar la inestimable labor que nuestro compañero Mario Arellano, lleva a cabo desde hace varios años en Archivos Parroquiales, de la Santa Caridad y Capilla de los Reyes Nuevos detectando multitud de datos sobre médicos, cirujanos y boticarios de la ciudad, así como dictámenes clínicos, que corresponderían a nuestros actuales certificados, y que descubren todos los entresijos de esa íntima relación médico-enfermo, a lo largo de varios siglos, y que constituyen un material de obligado estudio en el futuro.

En Toledo, capital del Reino de Castilla, durante muchos años, han vivido, fallecido y ejercido su profesión, fugaz o prolongadamente, numerosos médicos, cirujanos, boticarios o algebristas. En nuestros Archivos figuran ya más de un millar de fichas. Reyes y Prelados ilustres hicieron posible la estancia, de grandes figuras de la medicina europea, casi siempre con la brevedad propia de las visitas cortesanas. Pero mi interés preferente sería indagar el quehacer de esa multitud de multitud de médicos afincados en Toledo más o menos conocidos o anónimos que consumieron su vida por las

empinadas calles toledanas, falleciendo muchos de ellos, como consecuencia de epidemias.

Ante la imposibilidad de ocuparnos de todos, y ante la necesidad de simplificar ante Uds., esta relación de médicos toledanos (de todas las épocas), me ha parecido oportuno, traer siquiera sea como representación simbólica a tres clínicos de los que hay constancia fehaciente sobre su prolongado ejercicio en Toledo y que representan las tres culturas que conformaron la ciudad: musulmana, hebrea y cristiana; valgan, pues, como paradigma ilustre de todo ellos.

Sea el primeramente citado, por orden cronológico *Abu-l-Mutarrif Abd-al-Rahman ben Muhammad ben Abd- al-Kabir ben Yahyá ibn Wafid*, más conocido por la simplificación de *Ibn-Al-Wafid* y entre los latinos como *Abenguefit*, *Abencenif* y *Aben Nufit*. Su obra ha sido muy cuidadosamente estudiada por los profesores Millás Vallicrosa, Vernet, y Camilo Álvarez de Morales. La base de los datos bibliográficos conocidos se debe a dos coetáneos de *Ibn Wafid*. Uno de ellos, amigo, compañero, cadí de Toledo y mecenas de sus sabios: *Ibn Sa'id*, cuyo comentario es defícil de superar en precisión y elegancia; dice así en su obra *Tabaqat al-uman*:

«Entre los médicos españoles contemporáneos hay que citar al visir Abu-l-Mutarrif... ibn-Wafid..., uno de los nobles de Al-Andalus, de prosapia más pura y antigua. Se dedicó con toda asiduidad al estudio y penetración de las obras de Galeno, Aristóteles y otros filósofos; alcanzó en la ciencia de los medicamentos simples un grado de saber no alcanzado por nadie en la época, y compuso sobre ellos una notable obra, sin rival, en la que reunió lo enseñado en las obras de Dioscórides y Galeno, sobre dicha materia, presentando la obra, que alcanza cerca de quinientos folios, con la mejor ordenación. El

mismo autor me ha contado que durante veinte años se aplicó en reunir los materiales de su obra cuidando su adecuada ordenación, de rectificar y comprobar los nombres y propiedades de los medicamentos registrados en ella, con la especificación de sus virtudes curativas y la determinación del grado de su eficacia, hasta que, por fin, pudo completar su obra tal como se había propuesto. En el ejercicio de la medicina nuestro autor seguía un criterio y una práctica muy acertados consistentes en que no recurría a los medicamentos si le parecía suficiente el empleo terapéutico de los alimentos o de sus similares, y si era indispensable recurrir a los medicamentos empleaba primeramente los medicamentos simples; y, si era preciso echar mano de los compuestos, empleaba en ellos los más simples o de menor complejidad. Se cuentan algunos casos famosos y curas maravillosas en el tratamiento de enfermedades graves y difíciles por medio de los medicamentos más simples y asequibles. Ibn-Wafid vive aún en el momento de escribir esta obra y reside en la ciudad de Toledo. El mismo me informó de que había nacido en el mes de du-l-hiyya del año 398 de la hégira (= agosto de 1008 e. c.)».

Pero el otro biógrafo, *Ibn-al-Abbar* en su obra *Takmila*, completa y rectifica algunos de estos datos; se manifiesta así: «... Ibn-Wafid perteneciente a la población de Toledo, se encaminó a Córdoba donde estudió con Abu-l-Qasim Jalaf ben Abbas al-Zarawí (más conocido por Abulcasis). Esta circunstancia es inviable con la fecha antes citada de 1008, ya que se tiene por cierto que Abulcasis falleció en 1013 e.c. Sin embargo al-Abbar, adelanta la fecha de nacimiento de Ibn-Wafid en diez años, es decir, al 389 con lo que esta posibilidad ya sería más factible. Ello tiene su importancia, puesto que Abulcasis fue una de las figuras cumbres de la medicina árabe, elaborando un enciclopedia médico-quirúrgica en treinta

volúmenes, que se tradujo en Toledo, por Gerardo de Cremona, imprimiéndose por primera vez, en Venecia en 1498. Se dice que Ibn-Wafid, tras culminar estos estudios en Córdoba, regresó a Toledo su ciudad natal, en donde permaneció en sus estudios de medicina y agricultura, hasta su muerte, acaecida en esta ciudad en 1074.

Pero volviendo al relato de al-Abbar este manifiesta que el médico toledano compuso varias obras; la más importante el *Kitab-al-adwiyya-al mufrade* (o *Libro de medicamentos simples*) al que se refería *Ibn-Sa'id* y que también traduciría Gerardo de Cremona con el nombre de *Liber Albenguefith Philosophi de Virtutibus medicinarum el ciborum*; impresa en Estrasburgo en 1531, pronto fue famosa en toda Europa y reeditada en varias lenguas romances, especialmente en catalán.

El profesor Millás, principal estudioso de Ibn-Wafid, en su obra «Las traducciones orientales en los Manuscritos de la Biblioteca Catedral de Toledo», transcribe un curioso texto atribuido a la obra del médico toledano, tomando un fragmento en árabe aljamiado y al parecer procedente de la Biblioteca de El Escorial. Diría así: «Dice Ibn-Wafid acerca de los medicamentos hipnóticos: Todas las sustancias que enfrían sin constipar son somníferos; a ellas pertenecen la mandrágora, la yusquiama, el verbasco, la adormidera, quiero decir el jugo de las incisiones de la adormidera. Si el hombre las emplea en poca cantidad... solo son... soporíferas; si las emplea en grandes dosis... no solo producen sueño, sino que matan».

Otra obra notable fue el llamado *Libro de la Almohada* o *Kitab-al-wisad*, recetario médico, con cerca de un millar de remedios ordenados según el modelo habitual en aquella época, es decir,

«Capitem ad calcem» (De la cabeza a los pies). La originalidad de la palabra «almohada» en el título ha sido también motivo de debate. En general se ha interpretado como un libro-recetario, hecho con la intención de ser para un fácil y próximo manejo, algo así como hoy llamaríamos «libro de cabecera» o «de bolsillo». Sin embargo no ha faltado quien disienta de esta interpretación; así el Dr. Leclerc, historiador de la medicina árabe, lo interpreta como un *Libro sobre el sueño (de somno)*; algo rechazado por Millás quien atribuye el error a un falso desdoblamiento de la obra. El famoso Libro de la Almohada, ha sido traducido hace 20-25 años, por el granadino Camilio Álvarez de Morales, Correspondiente de esta Real Academia. Publicado por el I.P.I.E.T. es un auténtico privilegio poder contar con una traducción tan valiosa y asequible sobre la obra de Ibn-Wafid.

Su tercera obra es el *Compendio o Suma de Agricultura* detectado y posteriormente muy estudiado por Millás en los Manuscritos toledanos de la Biblioteca Nacional. No hay que olvidar que Ibn-Wafid, fue también, al parecer, por orden de al-Mamun, fundador del llamado *Huerto del Rey*, que ocupaba el espacio existente entre los Palacios de Galiana, el río Tajo, hasta el Puente de Alcántara; aquí llevaría a cabo experimentos de aclimatación, fecundación artificial, sexualidad vegetal y zootecnia. Algo, por otra parte ya descubierto en la antigua Mesopotamia y conocida en Al-Andalus. Dejó sucesores, el primero de ellos Ibn-Bassal e inició una tradición agrícola y botánica, en parte unida a la medicina, que llegará hasta Andrés Laguna, en tiempos de Felipe II. No obstante la trascendental obra de Ibn-Wafid, no tuvo el eco merecido en los siglos posteriores hasta que fue recogida en la obra del talaverano Gabriel Alonso de Herrera.

Finalmente, se le adjudican a Ibn-Wafid otras dos obras: una de

ellas *De balneis sermo* (Venecia, 1553), uno de los primeros tratados de balneología y un *Tratado sobre Oftalmología* que parece haberse extraviado; en todo caso no puede negarse su aparente interés por la oftalmología ya que en «Libro de la Almohada» son 184 el número de recetas oculares; muy superior al de cualquier otro órgano o aparato. Algo por otra parte frecuente en la medicina árabe y que en Toledo tiene su máxima expresión en el célebre Tratado de Oftalmología de Alcoatí.

La aportación médica hebrea a la ciudad de Toledo, discurre a través de las etapas visigoda, árabe y cristiana. Entre ellos, pese a las leyes restrictivas, hay varios clínicos de reyes y prelados. Difícil elección, pues, la mía, que al fin se ha decantado por Samuel ibn-Waqar, por ser el autor de la única obra de medicina escrita por un judío en los reinos cristianos en la época bajomedieval (incluidos Navarra y Aragón a más de Castilla). Samuel ibn-Waqar era miembro de una famosa familia de médicos hebreos toledanos. Dos de ellos, Abraham e Ishac, fueron médicos de Sancho IV y el Infante Juan Manuel, primo de éste y presente en su óbito dejó escrito un memorable elogio de competencia y lealtad a favor de la stirpe Waqar. También parece era proverbial que para elogiar a un médico se decía: «sabe tanta medicina como los Waqar de Toledo».

Pues bien este médico toledano parece lo fué del rey Alfonso XI (1312-1350), hijo de Fernando IV, y que subió al trono cuando sólo contaba un año de edad. Siempre se le consideró «médico y astrónomo» real, por lo que es posible que fuera el «médico judío del rey y gran astrólogo que se dice asistió a la reina y salvó su vida cuando nació don Pedro (1350)».

Aun cuando la familia Waqar siempre estuvo muy afincada en Toledo, Samuel, vinculado habitualmente a los médicos cortesanos,

conocemos por el mismo su amplio recorrido por las tierras de León y Castilla (Burgos, León, Valladolid, Toro, Segovia, Ávila) a más de Toledo y Sevilla.

Después de una vida fecunda y brillante como médico, según las evidencias, parece que cometió el error en sus últimos años de aceptar el cargo de arrendador de la acuñación de la moneda, lo que le acarreó enemistades y conflictos sin fin. Especialmente con su competidor Yuçaf de Ecija; el pleito llegó a tal virulencia que Samuel terminó encarcelado, torturado y muerto, no recibiendo entierro judío hasta un año después.

En todo caso su fama va unida a la obra *El Kitab al-tibb al-qastali al maluki* más conocido por *Libro de Medicina Castellana Regia*. Su autoría fue avalada por Steinschneider (1906) lo que se ha venido aceptando desde entonces si bien últimamente con algunas reticencias. Burgos y Toledo son las ciudades más citadas en el texto, dando la impresión de que el Autor, tras una agitada vida profesional en el mundo de la clínica se retira a reflexionar y plasmar por escrito su experiencia a su ciudad natal, evidenciando un galeismo arabizado muy maduro y trabajado sin abandonar la concepción medieval de un universo interconexiónado, por lo que no puede tratarse cualquier alteración, por localizada que parezca, sin tener en cuenta desde los astros a la más íntima complejión.

Ha sido impecablemente traducido y analizado por Concepción Vázquez de Benito y Luis García Ballester. Del citado manuscrito existen dos ejemplares: uno de 1414, en la Biblioteca Nacional de Madrid y otra copia de 1782 en la Biblioteca Británica de Londres. El manuscrito de Madrid o primer manuscrito fue copiado en Toledo por Musa ibn Sasun, miembro de otra célebre familia de médicos toledanos. El original de Samuel ibn Waqar se considera

anterior a 1348, ya que no cita la terrible epidemia de peste negra que ese año diezmo la judería toledana.

La obra consta de dos partes perfectamente diferenciadas. La *primera parte* se ocupa de los fundamentos filosófico-naturales de la medicina: a/ concepto de enfermedad reclamando para el médico el cuidado de cuanto se refiere a la salud y a la enfermedad; b/ esquema aristotélico de las cuatro causas (material, formal, final, y *eficientes*); estas últimas, compuestas de seis epígrafes: aire, comida y bebida, evacuación y repleción, movimiento y descanso, sueño y vigilia y movimientos del alma, y c/ importancia de la naturaleza «vix medicatrix natura» en la curación, sin intervención del médico. La *segunda parte* se van determinando medidas específicas para los diversos tipos de enfermedades: a/ abstención de comer carne y abstención de vino; c/ reglas sobre el uso de la sangría y aplicación de ventosas, sanguijuelas y escarificaciones; e/ uso de «baños secos» como las Saunas; utilización del agua fría; f/ vómitos y purgantes; h/ importancia del aire pestilencial en la transmisión de enfermedades; i/ enfermedades más frecuentes en Castilla: «catarro nasal y de pecho», tisis, úlceras de pulmón, enfermedades dolorosas que afectan al nervio, dolor de caderas, cólicos renales e intestinales; j/ cauterización entre la rodilla y el talón al objeto de provocar una continua salida de humores superfluos.

Obra en fin, con reflexiones teóricas que revelan una sólida formación galeno-arábica, con una amplísima experiencia en diferentes lugares lo que le serviría para la comprobación de estas teorías, en geografía o topografía médica, clima, alimentos, complejiones e incluso variables astrológicas. Veamos dos fragmentos referidos a Toledo, en la excelente traducción de Concepción Vázquez de Benito:

He aquí un típico texto de dietética medieval:

«Por ejemplo, los habitantes de la ciudad de Toledo impiden a los muchachos ingerir vino hasta que alcanzan los veinte años; y tampoco ingieren vino durante varios días los enfermos de fiebre. Se debe a que el aire de Toledo es muy cálido en relación con el de la región de Burgos, además de que sus vinos son más espesos y cálidos que los de Burgos. Por el contrario, los habitantes de Burgos aprueban que sus hijos tomen vino e incluso algunos se lo dan a quienes padecen fiebres –siempre que no sean continuas o ardientes–, y ello porque el aire de Burgos es muy suave en relación al de Toledo, y el vino resulta, asimismo, raro y de sabor ácido hasta el punto de compararlo al zumo de la granada amarga, como es fácil de comprobar. Si esta es la diferencia existente en el tratamiento médico, motivada por el distinto aire (clima) de las dos ciudades mencionadas, entre las cuales sólo hay una diferencia de altitud de dos grados, cuanto no variará el tratamiento entre regiones cuya diferencia de altitud es de cinco o diez grados».

Y otro referido a laxantes:

«Sobre la relación existente entre la cantidad de medicamento necesaria en esta región en comparación con la que debemos dar en las regiones cálidas, puedo exponer lo obtenido en mi larga experiencia. Con frecuencia he visto que la cantidad de medicamento exigida para evacuar cualquier cantidad de humor, en esta región (Castilla), ha de ser el doble que la que es necesario ingerir en Al-Andalus (Toledo) para evacuar la misma cantidad de humor. En efecto, un solo dracma de agárico finamente pulverizado evacua de cualquier cuerpo en Toledo cinco deposiciones de humor. La misma cantidad en Burgos no surte

este efecto en un cuerpo de naturaleza y configuración similares... lo que acabo de decir, no es óbice para que cualquier individuo de Burgos responda favorablemente y el de Toledo no. Ello se debe a que las disposiciones naturales y complejiones de las gentes difieren sobre manera y, las más de las veces, es (la naturaleza) del individuo la que decide... Ahora bien, si queremos ser más exigentes en este asunto has de poner a sí mismo como condición para comparar... a ambos individuos en las dos regiones, la posición de la luna en el momento de ingerir el purgante. Esta es una circunstancia natural... que puede facilitar o no la acción del medicamento. En efecto, si en el momento de ingerir el laxante el hombre de Toledo, la luna se haya en las tasas astrológicas térreas e igneas, mirando hacia los planetas —es decir, con todas las circunstancias propias para mermar la fuerza del medicamento—, efectivamente éste disminuirá (su eficacia)».

Hasta aquí unos fragmentos del famoso *Libro de Medicina Castellana Regia* de Samuel ibn Wagar uno de los médicos hebreos más sabios, pero tal vez más desgraciado de la ciencia medieval toledana.

El tercer médico es Julián Gutiérrez de Toledo, al que se supone nacido en Toledo entre 1450-1460, es decir, en la segunda mitad del siglo, época en que tiene lugar una profunda renovación del galenismo científico, doctrina imperante en medicina nada menos que desde el siglo III d.C. hasta el XVII. No obstante, esta concepción no fue durante todo este tiempo estática ni uniforme, sino que sufrió diferentes influjos y renovaciones, con dos asimilaciones trascendentes: la experimentada por el mundo árabe; y la recepción, asimilación y transmisión, al mundo occidental, mediante centros de traducción, como Toledo. El programa renovador de la segunda

mitad del siglo XV, afectó por un lado a la perfección filológica de las traducciones de los textos galénicos, y por otro, a la astronomía-astrología que permitían a través de las matemáticas y de la observación instrumental, una más íntima relación entre el macrocosmos y el microcosmos.

Parece deducirse de ello que Julián Gutiérrez estudiaría en Salamanca, universidad española, en donde con más solvencia podían aprenderse estas disciplinas. A partir de 1491 en el Archivo de Simancas, sus salarios le acreditan como médico de Isabel la Católica, figurando su nombre, junto al de los Dres. Bustamante, Álvarez, Soto, de la Parra y Guadalupe en la enfermedad final de la Reina Isabel. También parece atendió médicamente al cardenal Mendoza muerto en 1495 de un «apostema renal». Formó parte del selecto cuerpo de «Alcaldes y Examinadores Mayores» de la Corona de Castilla, de directa designación real, y en consecuencia miembro del primer Tribunal del Protomedicato que formaba junto con los Dres. Álvarez de la Reina y de la Parra.

Hombre, sin duda, independiente y polémico, de fuerte personalidad llegó a pleitear con los otros dos miembros del Protomedicato, debido a discrepancias sobre la interpretación y cumplimiento de ciertas Ordenanzas de los años 1477, 1491 y 1498, llegando a estar en prisión por este motivo (episodio este muy bien estudiado por Narciso Alonso Cortés en 1951). Con anterioridad acompañó a los Reyes Católicos al triunfal recibimiento de Colón en Barcelona.

Mi compañero Sr. Izquierdo me ha facilitado unos valiosos documentos procedentes del Ayuntamiento de Toledo, con el que al parecer también andaba en pleito, por cuestiones de política sanitaria en sus funciones de *Fiel* o encargado del cumplimiento de las

Ordenanzas. Corresponden a 1498 desde Alcalá de Henares y el último de 1509 desde Valladolid. En él, la Autoridad Real le respalda totalmente en estos contenciosos; una de las cartas dice así: «el doctor Julián es nuestro físico e alcalde mayor de los físicos e cirujanos e boticarios, e tiene poder de nos para conosçer de las cosas suso dichas por su persona mesma». Parece que ocupó estos relevantes cargos hasta 1515 y Gómez-Menor pudo fechar sus últimas escrituras en 1518, debiendo fallecer poco antes.

El *Corpus Médico de Julián Gutiérrez*, consta de tres obras, fechadas en Toledo, en su primera imprenta, es decir, formando parte de los llamados *Incunables* y sus títulos son los siguientes:

– *De potu in lapidis preservatione* («La bebida en la prevención de las piedras renales»). Toledo. Imp. Juan Téllez, 1494.

– *De computatione dierum criticorum* («Sobre el cómputo de los días críticos»). Toledo, Imp. Juan Téllez, 1495.

– *Cura de la piedra y dolor de la yjada y colica renal*. Toledo, Pedro de Hagembach-Melchor Gorricio 1498. 88 hojas, tamaño folio, doble columna.

La primera obra, escrita en latín, constituye un capítulo que más tarde figuraría en castellano en su gran obra *Cura de la Piedra...* La segunda, *De computatione...* tras haberse extraviado durante más de un siglo fue localizada recientemente por el Prof. García Ballester en una Biblioteca de Franciscanos en Santiago de Compostela. Traducido, junto con el Prof. Aristu y trasladado al castellano, resultó un tratado de gran complejidad astrológica en un intento de compaginar las fases lunares con los días críticos de las enfermedades. Se pensó que solo el gran salmantino-portugués Abraham

Zacuto podía llegar a la altura clínico-astrológica del médico toledano.

En cuanto a la *Cura de la Piedra dolor de la yjada y colica renal*, es una auténtica joya de la imprenta toledana y de la historia de la urología. Justifica en el Prólogo las razones de escribirla por cierto «con gran esfuerzo» en castellano para su mayor divulgación entre profesionales romancistas y lectores en general, tanto desde un punto de vista curativo como preventivo. Dividida en tres partes, la primera se ocupa de la morfología y funcionamiento del aparato urinario, así como de las causas motivadoras del «mal de la piedra»; la segunda parte es una descripción de los síntomas y signos de este concreto mal. La tercera se refiere a los consejos terapéuticos, médicos o quirúrgicos, así como toda clase de consejos para la prevención de esta enfermedad.

Tantos los hallazgos documentales como la impresión en Toledo de sus tres obras y su aseveración de que la mayor parte de los casos clínicos descritos en las mismas se refieren a enfermos de Toledo, reafirman la gran vinculación que tuvo a la ciudad el médico toledano, pese a los desplazamientos a que lógicamente le obligaría su pertenencia al Tribunal de Examinadores y Protomedicato.

Sus tres obras son los tres únicos incunables de tema científico que debieron salir de las imprentas toledanas. La *Cura de la Piedra*, de Pedro Hagembach y Melchor Gorrício, es un lujo de las prensas toledanas, cuya presencia logró concitar en Toledo el cardenal Mendoza, y obra que requería una reimpresión facsimilar que es posible no solo no se haga en Toledo, sino ni tan siquiera en España. Probablemente lo harán organismos internacionales urológicos, que se han encargado de divulgar el contenido y las imágenes de este

libro considerado como la piedra angular de la literatura urológica europea, especialmente, en cuanto se refiere a litiasis renal. Proyecto por el que luchó denodadamente en Toledo el catedrático de Santander, Luis García Ballester quien, por cierto, falleció hace poco con la frustración de no haberlo conseguido.

Pero a Julián Gutiérrez seguirán el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración; y surgirán nuevos nombres en siglos sucesivos: Juan Fragoso, Francisco Hernández, Rodrigo de la Fuente, Luis del Valle, Diego Anés Mudarra, Vicente Pérez, Antonio de Trilla, Francisco Xavier Cid, Francisco García Hernández, Pedro Gallardo, Zacarías Benito González. A lo largo de la historia de Toledo miles de médicos, cirujanos, algebristas, boticarios; noticiados o anónimos, han velado por la salud de sus habitantes; y aún diría que lo siguen haciendo en la actualidad y lo seguirán haciendo en el futuro. En estos inicios del siglo XXI, el progreso tecnológico de las ciencias de curar, es inmenso, no tanto el garantizar la calidad de vida. Su tecnificación va por delante de su humanización; ambos desarrollos deberían ir paralelos para una correcta praxis médica. Yo deseo todo lo mejor a mis colegas de esta centuria, aun cuando en todo caso, y con cierto escepticismo sigo pensando que continúa vigente el consejo de Hipócrates, el sabio anciano en Medicina de Cos: «la vida es corta, el arte largo, la ocasión fugitiva, la experiencia falaz, el juicio dificultoso».